

ANNE
RICE



El
SANTUARIO

NUEVA ENTREGA DE
LAS CRÓNICAS VAMPÍRICAS

L A T R A M A

Quinn Blackwood, un rico y excéntrico joven convertido en vampiro, pide la ayuda de Lestat para librarse del celoso control a que le somete Goblin, su *doppelgänger*. Desde que Quinn entró en el reino de los muertos, Goblin, otrora su sombra fiel, se ha convertido en una amenaza para los seres cercanos al atractivo *gentleman*. Lestat, intrigado, le pide a Quinn que narre la historia de su vida. Este recuerda su infancia en el seno de una familia muy peculiar y describe sus días en Blackwood Farm, la mansión de altas columnas y extensos jardines rodeada de zonas pantanosas en la que creció y ahora reside. Apesar de su amor por Mona Mayfair, una bella bruja con la que mantiene una apasionada relación, Quinn posee una agitada vida amorosa que, junto a su imperioso deseo de beber sangre, le ha llevado a recorrer el mundo y conocer distintas épocas de la historia.

Del Nueva Orleans actual al Nápoles del siglo XIX, pasando por la antigua Atenas o Pompeya, la intensa trayectoria vital de Quinn reúne en un mismo volumen las Crónicas Vampíricas y la serie de Las Brujas de Mayfair para revelar nuevos episodios de la historia de los vampiros.

*Dedicado a mi hijo,
Christopher Rice*

*Pasaron mis días entre quejas,
se quebraron los deseos de mi corazón:
los que convierten la noche en día
y cambian la luz en tinieblas.
¿Qué puedo esperar? El seol es mi morada,
en las tinieblas extendiendo mi lecho.
Dije al sepulcro: «¡Tú eres mi padre!»,
y a los gusanos: «¡Sois mi madre y mis hermanos!».
¿Dónde estará mi esperanza?
Y mi dicha, ¿quién la verá?
¿Bajarán conmigo al seol?
¿Nos hundiremos juntos en el polvo?*

Job 17:11-16

1

Lestat:

Si encuentras esta carta en tu casa de la Rué Royale (y espero sinceramente que la encuentres) comprenderás de inmediato que he quebrantado tus reglas.

Sé que Nueva Orleans está vedada a los buscadores de sangre, y que estás dispuesto a destruir a los que se aventuren allí. A diferencia de muchos invasores díscolos a los que ya has despachado, comprendo tus motivos. No quieres que nos vean los miembros de Talamasca. No quieres entablar una guerra con la venerable orden de los detectives clarividentes, por el bien de ellos y el nuestro.

Pero por favor, te ruego que antes de que vengas por mí, leas estas líneas.

Me llamo Quinn. Tengo veintidós años y soy un buscador de sangre, según dice mi creador, desde hace poco menos de un año. Soy huérfano, al menos así me siento, y acudo a ti en busca de ayuda.

Pero antes de exponerte mi caso, te ruego que comprendas que conozco a los de Talamasca, que los conocí antes de que se me concediera la sangre oscura, conozco su inherente bondad y su legendaria neutralidad con respecto a todo lo sobrenatural, y

me he esforzado en esquivarlos para dejar esta carta en tu apartamento.

Sé que vigilas Nueva Orleans por vía telepática. Y no tengo ninguna duda de que hallarás esta carta.

Si decides liquidarme rápidamente por mi desobediencia, prométeme que harás cuanto puedas por destruir al espíritu que me acompaña desde que yo era niño. Esta criatura, una réplica de mí que ha crecido conmigo desde que tengo uso de razón, actualmente representa un peligro para los humanos y para mí mismo.

Permíteme que te lo explique.

De niño llamé a este espíritu Goblin, que significa «duende», mucho antes de que nadie me relatara cuentos infantiles y de hadas en los que aparecía esa palabra. Ignoro si ese nombre proviene del propio espíritu. El caso es que cuando deseaba llamarlo, no tenía más que pronunciar esa palabra. Muchas veces Goblin acudía espontáneamente y no lograba deshacerme de él. Otras, ha sido el único amigo que he tenido. A lo largo de los años se ha convertido en una presencia constante a mi lado, madurando al tiempo que yo maduraba y perfeccionando su habilidad de transmitirme sus deseos. Puede decirse que yo he fortalecido y moldeado a Goblin, creando involuntariamente al monstruo en el que se ha convertido. Lo cierto es que no imagino la existencia sin Goblin. Pero debo hacerlo. Debo aniquilar a Goblin antes de que se transforme en algo que yo no pueda controlar.

¿Por qué califico de monstruo este ser que hasta hace poco fue mi único compañero de juegos? La respuesta es bien sencilla. Durante los meses que han transcurrido desde que me convertí en un buscador de sangre (sin que yo pudiera hacer nada para impedirlo, te lo aseguro), Goblin ha adquirido tam-

bién el deseo de beber sangre. Cada vez que me alimento, me abraza y succiona la sangre que he ingerido a través de un millar de minúsculas heridas, lo cual refuerza su imagen y confiere a su presencia una suave fragancia que antes no poseía. Con el paso de los meses se hace más fuerte y sus ataques contra mi persona son más prolongados.

No consigo quitármelo de encima.

No te sorprenderá si te digo que esos ataques me resultan vagamente gratos, aunque no tanto como alimentarme de una víctima humana, pero me producen un leve e innegable estremecimiento orgásmico.

No es mi vulnerabilidad ante Goblin lo que ahora me preocupa sin embargo, sino el hecho de que éste pueda convertirse en un despiadado monstruo.

He leído tus Crónicas Vampíricas de cabo a rabo. Me las regalo mi creador, un antiguo buscador de sangre que, según su versión de los hechos, me concedió asimismo una fuerza extraordinaria.

En tus relatos te refieres a los orígenes de los vampiros, citando a una antigua bebedora de sangre egipcia que relató la historia a Marius, el sabio, el cual siglos atrás te la transmitió a ti.

Ignoro si tú y Marius os inventasteis algunas de las historias que relatas en tus libros. Es posible que tú y tus camaradas, la secta de eruditos, como os denomináis ahora, tengáis por costumbre contar mentiras.

Pero no lo creo. Yo mismo soy prueba de que los bebedores de sangre existen —ya se llamen bebedores de sangre, vampiros, hijos de la noche o hijos del milenio—, y la forma en que me convertí en uno de ellos confirma lo que describes en tus crónicas.

Mi creador prefería llamarnos buscadores de sangre en lugar de vampiros, y utilizaba palabras que tú

empleas en tus relatos. Me concedió el don de las nubes para que pudiera desplazarme con facilidad por el aire, el don de la mente para que pudiera localizar telepáticamente los pecados de mis víctimas y el don del fuego para que pudiera encender el fuego en la estufa de hierro que me da calor.

De modo que creo en tus historias. Creo en ti. Te creo cuando dices que Akasha, la primera de la especie de los vampiros, fue creada por un espíritu maligno que invadió cada fibra de su ser, un espíritu que, antes de atacar a Akasha, había adquirido el deseo de beber sangre.

Te creo cuando dices que ese espíritu, al que llamaron Amel las dos brujas que podían verlo y oírlo —Maharet y Mekare—, existe en todos nosotros, pues su misterioso cuerpo, por llamarlo de alguna manera, ha proliferado como una gigantesca parra y ha florecido en cada buscador de sangre que es transformado en un vampiro por otro vampiro, hasta hoy.

También sé por tus Crónicas que cuando las brujas Mekare Maharet se convirtieron en buscadoras de sangre, perdieron sus dotes de ver y hablar con espíritus. Mi creador me advirtió que yo también perdería esa capacidad.

Pero te aseguro que no he perdido mi capacidad de ver espíritus. Sigo atrayéndolos como un imán. Quizá sea esta capacidad, esta receptividad, aparte de mi anterior renuencia a rechazar a Goblin, lo que le ha proporcionado la fuerza para atacarme y succionar la sangre vampírica que ingiero.

¿Crees posible, Lestat, que si esta criatura se hace más fuerte, cosa que al parecer no puedo impedir, consiga penetrar en un ser humano, como hizo Amel antiguamente? ¿Es posible que nazca otra raíz vampírica, y que de ésta brote otra parra? No creo

que esta pregunta te deje indiferente, ni la posibilidad de que Goblin se convierta en un asesino de seres humanos, aunque hoy por hoy no posee la fuerza necesaria.

Comprende que tengo motivos fundados para temer por los seres a los que amo y atesoro (mi familia mortal), y por cualquier extraño al que Goblin pueda atacar.

Me resulta difícil escribir estas palabras. He querido a Goblin durante toda mi vida y he censurado a cualquiera que lo denigrara tachándole de «compañero imaginario» o «absurda obsesión». Pero él y yo, durante mucho tiempo extraños compañeros de fatigas, nos hemos convertido ahora en enemigos, y temo sus ataques porque siento que su fuerza aumenta peligrosamente.

Goblin no se acerca a mí cuando no salgo en busca de una víctima, pero reaparece en cuanto fluye por mis venas sangre fresca. Ya no tenemos una comunicación espiritual. Está celoso porque me he convertido en un buscador de sangre. Tengo la impresión de que su mente infantil ha olvidado todo cuanto ha aprendido.

Todo ello supone un suplicio para mí.

Pero insisto, no te escribo para pedirte un favor personal, sino porque temo en lo que pueda convertirse Goblin.

Desde luego, deseo verte. Deseo hablar contigo. Deseo ingresar, si es posible, en la secta de eruditos. Deseo que tú, el gran quebrantador de reglas, me perdones por haber quebrantado las tuyas.

Deseo que tú, que fuiste secuestrado y transformado en un vampiro en contra de tu voluntad, me acojas con benevolencia por haber corrido la misma suerte que tú.

Deseo que me perdones por entrar subrepticamente en tu antiguo apartamento de la Rué Royale, donde confío en poder ocultar esta carta. Por lo demás, te aseguro que no he cazado en Nueva Orleans y jamás lo haré.

A propósito de cazar, a mí también me enseñó a cazar un espíritu maligno, y aunque mi historial deja mucho que desear, voy aprendiendo con cada festín que me doy. He llegado a dominar el «pequeño sorbo», como lo llamas elegantemente, y acudo a las bulliciosas fiestas de los mortales sin que nadie repare en mi presencia mientras succiono la sangre de uno tras otro con movimientos rápidos y diestros.

Pero, en términos generales, llevo una vida amarga y solitaria. De no ser por mi familia mortal, sería insoportable. En cuanto a mi creador, lógicamente procuro esquivarlo a él y a sus compinches.

Esta es la historia que deseaba contarte. Lo cierto es que deseo contarte muchas historias. Confío en que mis relatos impidan que me destruyas. Te propongo un juego: podemos encontrarnos, yo me pondré a hablar y si mi historia toma un sesgo que te disgusta, puedes matarme sin contemplaciones.

En serio, Goblin me preocupa. Permíteme añadir antes de finalizar que durante este último año en que he hecho mis pinitos como vampiro neófito y he leído tus Crónicas para aprender de ellas, a menudo he tenido la tentación de acercarme a la casa matriz de Talamasca en Oak Haven, en las afueras de Nueva Orleans, para pedir consejo y ayuda a los de Talamasca.

Siendo yo niño (aún soy muy joven), conocí a un miembro de Talamasca que veía a Goblin con tanta nitidez como yo. Era un inglés amable y tolerante, llamado Stirling Oliver, que me hizo comprender que yo poseía unos poderes que el día de mañana quizá

no podría controlar. Me encariñé enseguida con Stirling.

También me enamoré de una joven que se hallaba con Stirling cuando le conocí, una belleza pelirroja dotada de unos notables poderes paranormales que también veía a Goblin, a la que los de Talamasca habían abierto su generoso corazón.

He perdido todo contacto con esa joven. Se llama Mayfair, un nombre que no te resultará desconocido, aunque seguramente no sabe nada sobre tu amiga y compañera Merrick Mayfair.

Pero no cabe duda de que pertenece a esa familia de poderosos clarividentes —los cuales se empeñan en denominarse brujos—, y he jurado no volver a verla. Debido a sus notables poderes, se percataría enseguida de que me había ocurrido algo catastrófico. Y no puedo permitir que mi maldad la roce siquiera.

Cuando leí tus Crónicas, me sorprendió averiguar que los de Talamasca se habían indispuesto contra los bebedores de sangre. Me lo contó mi creador, pero no lo creí hasta que lo leí en tus libros.

Me cuesta creer que esas personas tan bondadosas hayan roto mil años de neutralidad para advertirnos a todos los de nuestra especie. Parecían ufanarse de su legendaria benevolencia, de depender psicológicamente de una amable y secular definición de sí mismos.

Es obvio que ahora no puedo acudir a los de Talamasca, pues me expongo a que se conviertan en mis enemigos. En realidad, son mis enemigos declarados. Y debido a mi contacto anterior, saben dónde vivo. Pero lo que es más importante, no puedo pedirles ayuda porque tú no quieres.

Ni tú ni los demás miembros de la secta de eruditos queréis que alguno de nosotros caigamos en ma-

nos de una orden de sabios que estarían encantados de poder observarnos de cerca.

En cuanto a Mayfair, mi adorada pelirroja, repito que jamás se me ocurriría acercarme a ella, aunque a veces me pregunto si sus extraordinarios poderes me ayudarían a acabar con Goblin de una vez para siempre. Pero no puedo hacerlo sin atemorizarla y confundirla, y no deseo interrumpir su destino humano como hizo otro vampiro conmigo. Me siento más distanciado de ella que antes.

Así pues, salvo por mis parientes y amigos mortales, me siento solo.

No espero que te compadezcas de mí. Pero confío en que tu comprensión te impida aniquilarnos a mí y a Goblin sin previo aviso.

No dudo que eres capaz de localizarnos. Aunque sólo fueran ciertas la mitad de las Crónicas, está claro que posees un don de la mente ilimitado. No obstante, te diré dónde me encuentro. Mi verdadero hogar es mi santuario de madera situado en Sugar Devil Island, en Sugar Devil Swamp, en el nordeste de Luisiana, no lejos de la frontera de Misisipí. Sugar Devil Swamp está regado por el West Ruby, que se separa del Ruby en Rubyville. Varias hectáreas de esta zona pantanosa han pertenecido a mi familia desde hace muchas generaciones, y estoy seguro de que ningún mortal se ha aventurado por azar en Sugar Devil Island, aunque mi tatarabuelo Manfred Blackwood construyó la casa desde la que te escribo en estos momentos.

Nuestra casa solariega es Blackwood Manor, una noble aunque ostentosa mansión de estilo neoclásico recargada de columnas corintias, una inmensa estructura construida en un altozano.

Pese a su espectacular belleza, carece de la gracia y dignidad de las mansiones de Nueva Orleans,

pues se trata de un pretencioso monumento a la avaricia y los sueños de Manfred Blackwood. Construida en los años ochenta del siglo XIX, sin una plantación que justificara su existencia, su único propósito era deleitar a quienes vivían en ella. La finca —el pantano, el terreno y la gigantesca casa— se llama Blackwood Farm. Que la mansión y el terreno que la circunda están invadidos de espíritus no es una leyenda sino un hecho. El espíritu más potente sin duda es Goblin, aunque hay fantasmas. ¿Pretenden apoderarse de mi sangre oscura? En su mayoría me parecen demasiado débiles para semejante hazaña, pero ¿quién sabe si los fantasmas no son capaces de ver y aprender? Al parecer poseo el maldito don de atraerlos y conferirles la vitalidad que precisan. Me ha ocurrido toda la vida.

¿He puesto a prueba tu paciencia? Ruego a Dios que no sea así.

Quizás esta carta sea mi única oportunidad de convencerte, Lestat, por lo que en ella te revelo todas mis inquietudes.

Y cuando llegué a tu casa en la Rue Royale, utilizaré mis dotes y mi ingenio para ocultar esta carta donde sólo tú puedas encontrarla.

Con la esperanza de lograrlo, se despide de ti.

Tarquín Blackwood, Quinn

Posdata:

Ten presente que sólo tengo veintidós años y soy un poco torpe. Pero no puedo resistirme a hacerte este pequeño ruego. Si decides buscarme y eliminarme, ¿podrías concederme una hora para despe-

dirme de mi pariente mortal que más quiero en el mundo?

En las Crónicas Vampíricas tituladas *Merrick*, se te describe enfundado en una chaqueta con botones de camafeo. ¿Era cierto o un detalle caprichoso que se le ocurrió a otra persona? Si lucías esos botones de camafeo —si eran unos objetos queridos para ti y los elegiste con esmero—, permite, antes de destruirme, en recuerdo de esos camafeos, que me despidas de una anciana dotada de un encanto y una bondad admirables, que cada noche goza disponiendo sus centenares de camafeos sobre una mesa de mármol para examinarlos uno por uno a la luz de la lámpara. Es mi tía abuela y mi maestra en todo, una mujer que ha procurado darme lo que necesitaba para llevar una existencia importante.

Ya no soy digno de su amor. No estoy vivo. Pero ella no lo sabe. Mis visitas nocturnas a su casa son cautas pero imprescindibles para ella. Separarme de ella repentinamente y sin explicaciones sería una crueldad que esa mujer no merece. Podría contarte más detalles sobre sus camafeos, sobre el papel que han desempeñado en mi azarosa vida. Pero de momento, sólo te formularé esta súplica: perdóname la vida y ayúdame a destruir a Goblin. O mátanos a ambos..,

Atentamente

Quinn

2

Durante un buen rato y después de concluida la carta no me moví.

Me quedé sentado escuchando los inevitables sonidos de Sugar Devil Swamp, con los ojos fijos en los folios que había ante mí, tomando distraídamente nota de mi cuidada letra, de la luz mortecina que me rodeaba reflejada en el suelo de mármol, de las ventanas abiertas a la brisa nocturna.

Todo estaba en orden en mi pequeño palacio del pantano.

No había rastro de Goblin. No sentí su sed ni su inquina. Nada salvo lo natural, y a lo lejos percibí con mi agudo oído vampírico los tenues sonidos de Blackwood Manor, donde tía Queen acababa de levantarse, con la solícita ayuda de Jasmine, nuestra ama de llaves, para disfrutar de una plácida y agradable velada. Al cabo de unos instantes encendería la televisión, que a tales horas emite unas deliciosas películas en blanco y negro. Tía Queen preguntaría a Jasmine: «¿Dónde está mi muchachito?».

Pero en esos momentos debía hacer acopio de todo mi valor y llevar a cabo lo que me había propuesto.

Saqué el camafeo del bolsillo y lo contemplé. Hacía un año, cuando aún era un mortal, cuando aún estaba vivo, hubiese tenido que acercarlo a la luz de la lámpara, pero ahora lo veía con toda claridad.

Era mi busto, de medio perfil, hábilmente esculpido en dos estratos de ónice de distinto color, de forma que la